



Brevidades Creativas Seleccionadas, sacadas de contexto y puestas en desorden **Sobre** **Creatividad**



Las páginas siguientes contienen un extenso y redundante conjunto de sentencias breves, identificadas con su respectivo autor. Sus raíces son variadas, de modo que inevitablemente expresan perspectivas y proyectos diversos. Han surgido de motivaciones particulares; y, como debe ser evidente, se originan en épocas y culturas muy distintas. Esta diversidad, sin embargo, no impide notables coincidencias.



No siguen un orden definido. Sólo han sido puestas en forma continua sin buscar una jerarquía, organización o coherencia. Están unidas por un hilo invisible, que a ratos puede no ser evidente: dicen algo sobre la creatividad humana. A su manera cada una muestra un cierto aspecto de los procesos creativos y sus protagonistas. A veces de modo explícito, incluso con obviedad, otras veces en algún registro poético o bien en clave abierta a la interpretación. Se podrá encontrar seriedad e ironía, esperanza y voluntad, escepticismo y confianza, proyecto, deseo, apertura y mucho más. Se pretende que abran una nueva mirada, despierten una duda, hagan surgir un pensamiento o, en fin, contribuyan al desasosiego

Hay mucha complementariedad, pero también se podrán advertir contradicciones y desencuentros. Este es un campo temático en que reina el desacuerdo y la divergencia: no podría ser de otro modo. Las citas valen por lo que sugieren, y no pretenden insinuar nada sobre los autores.

Se trata de fragmentos, pero es interesante entender que ningún fragmento escapa plenamente de algún conjunto mayor. Roger Chartier, historiador de la escritura y la lectura, ha dicho que un fragmento siempre supone una totalidad a la cual pertenece. Esto tiene al menos dos sentidos: por una parte, la totalidad originaria de la cual fue extraído; y, por otra, la voluntad del lector para darle un nuevo uso o llevarlo a otro contexto. Importa la capacidad del lector para apropiarse de un elemento y luego conectarlo, transformarlo o situarlo en otro ambiente intelectual. El mismo Chartier ha dicho que la “lectura, por definición, es rebelde y vagabunda”.

Coleccionar, atesorar y divulgar citas, sentencias o máximas, no es original. Ni siquiera es una cuestión reciente. En este caso en particular la inspiración fundamental tiene antiguas raíces.

La filosofía griega consagró una distinción entre una sabiduría teórica o contemplativa (*sophia*) y una sabiduría práctica (*phronesis*). Un aspecto medular de esta última, consiste en mantener una constante apertura hacia el saber, en la convicción de que éste siempre será incompleto y falible, lo que obliga a mantener un equilibrio entre la certeza y la duda. Una persona sabia se caracteriza por un funcionamiento intelectual superior, junto con una capacidad para anticipar acontecimientos, desarrollar juicios pragmáticos y reflexionar buscando beneficiarse de los errores.

Esta sabiduría suele expresarse en afirmaciones de carácter excepcional acerca de aspectos problemáticos de la experiencia, mostrando una comprensión amplia de los aspectos involucrados, especialmente cuando se trata de asuntos para las que no hay soluciones consagradas.

A comienzos del siglo VI aC existió en la antigua Grecia un grupo de pensadores que la tradición posterior nombró como los siete sabios. Provenían de distintas ciudades y según parece desarrollaron algunos intercambios ocasionales. Encarnaban, precisamente, un tipo de inteligencia práctica al servicio de la comunidad. Representaron una sabiduría vital en una cultura mayormente ágrafa. Ante todo, fueron hombres que pusieron su conocimiento al servicio de la comunidad, bajo la forma de asertivos consejos. Su sabiduría quedó plasmada en sentencias breves, muchas de las cuales estuvieron anotadas en las paredes del templo de Apolo en Delfos. Decenas de frases como estas: “No permitas que tu lengua se anticipe a tu pensamiento”, (Quilón de Esparta); “Sella tus palabras con el silencio, y el silencio con la oportunidad”, (Solón de Atenas); “No embellezcas tu aspecto, sé hermoso en tus actos”, (Tales de Mileto); o “La democracia es mejor que la tiranía”, (Periandro de Corinto).

Estas máximas relacionaban lo particular con lo general, frecuentemente como exhortación o como enseñanza. Estaban referidas principalmente a la vida personal, pero también a la actividad política. Mucho antes de que el saber se volviera abstracto y discursivo, estos sabios aportaron un sentido de la medida, advirtieron contra las ilusiones ingenuas y la confianza sin fundamento; y aconsejaron la cautela, la moderación y la reserva.

En este ambiente cultural, poco después, Aristóteles recomendaba el uso de máximas, que, en virtud de su uso habitual, por ser justas, provocan acuerdo. Con frecuencia recurría a ellas en sus clases. Este interés lo llevo a desarrollar una compilación conocida con el nombre de *Paroimiai*, que constituye el primer refranero conocido.

También en la tradición China se observa una sabiduría expuesta con brevedad. Confucio nos trasmite la siguiente experiencia: “Ran Qiu preguntó: ‘Cuando uno escucha una máxima, ¿debe enseguida buscar la ocasión de ponerla en práctica?’ El Maestro dijo: ‘Cuando uno la escucha, debe ponerla en práctica de inmediato’”.

En el siglo XII, el gran maestro Pedro Abelardo produjo varios documentos con pasajes seleccionados de distintos textos, con citas y opiniones. La idea era preservar un legado que consideraba valioso, en especial para la práctica docente, por su capacidad para abrir espacios para comentarios y críticas. Así lo hizo en su obra *Sic et non*, con sentencias de filósofos, teólogos y padres de la Iglesia, pero no como simple recopilación, sino como ocasión para establecer cuestionamientos y disensos.

En el año 1536 Erasmo de Rotterdam publicó la edición final de una extensa colección comentada de proverbios grecolatinos, con el título *Adagia*. Inicialmente fueron anotaciones para sus clases de retórica, pero luego convertidas en libro alcanzaron una gran venta en el Renacimiento. Una obra reveladora de sus lecturas, sus influencias, a la vez que un aporte generoso para un público interesado en un acercamiento a una larga sabiduría repartida en textos poco accesibles. Entre proverbio, aforismo, máxima, apotegma, paremia o sentencia, Erasmo prefirió adagio, por parecerle que tiene una mayor riqueza de contenido. Si el adagio llega a parecer una minucia sin importancia, subrayaba, es preciso tener en cuenta que lo estimable no es su extensión sino su valor. Del mismo modo que se prefiere un pequeño diamante a una gigantesca roca.

Los ejemplos se multiplican y es poco probable que se puedan listar todos. Un caso obligado es el de Baltasar Gracián, escritor español asociado al *Siglo de Oro*, que publicó *El arte de la prudencia* con trescientos aforismos de notable perspicacia. Uno de ellos presente contemporáneamente en la conciencia de muchos, aún sin saber de su autor: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno; y aun lo malo, si poco, no tan malo”.

Sabemos que Montaigne tenía un lugar de trabajo en una torre con tres niveles, que su padre había construido como fortificación fuera de la casa. Una estrecha escalera de caracol permite llegar al tercer nivel, en donde se encuentra su biblioteca. Un ambiente estimulante, con estanterías que reúnen más de mil volúmenes acostados, uno encima del otro. Una mesa sencilla, un atril y un

cómodo sillón. En las vigas de este refugio circular se pueden leer cincuenta y cuatro máximas latinas, con el nombre de sus autores. El filósofo no escribe sus ensayos en el vacío, sino bajo la mirada silente de antiguos maestros.

Una tendencia reiterada. Arthur Schopenhauer escribió un pequeño libro que llamó *Tratado sobre el honor*, con catorce máximas definidas por él mismo como un “instrumento de sabiduría práctica”. A su turno, Nietzsche hablará de la paradoja de la literatura capaz de encarnar lo inmutable en el cambio. En particular, decía, una buena sentencia será siempre demasiado dura para la mandíbula del tiempo, ni los milenios podrán devorarla, siendo alimento para muchas épocas.

También el escritor Hermann Hesse apreciaba el aforismo. Decía que es una especie de “piedra preciosa, que adquiere valor por su rareza y sólo causa placer en pequeñas dosis”.

Iniciando el siglo XX, un sabio de la grandeza de León Tolstoi publicó un *Calendario de sabiduría* en donde se reúnen pensamientos breves, algunos propios, otros ajenos. Para una lectura rápida, pero mantenida en el tiempo, su interés era acercar al gran público esa sabiduría concisa y profunda, encerrada en pocas palabras. En su momento fue éxito de ventas y llegó a tener varias ediciones.

Marshall McLuhan afirma que la técnica aforística se adapta bien al propósito de presentar varios niveles de conciencia simultáneos. Así, ciertamente sin pretensión, estas *Brevidades creativas*, dispuestas para una lectura discontinua, aspiran a cumplir el mismo papel que en los ejemplos mencionados. En cada caso, y en su conjunto, un concentrado de sabiduría (no más que unos canapés para una digestión rápida), visiones múltiples, destinadas a facilitar una confrontación consigo mismo y un auto aprendizaje.